EL LIBRO DE LA SEMANA

La voz de los muertos

por CARMEN DE BURGOS (Colombine)

DIALOGOS

Entre la autora y su Genio Familiar.—Entre una enamorada muerta y una jovencita.—Entre un Fusilado y un Ahorcado.—Entre una Cortesana difunta y una Madre de familia.—Entre un Héroe muerto y un Fraile orante.—Entre Isabel I y el Guardián del Castillo de la Mota.—Entre Judas y el Cura de un pueblo.—Entre don Juan Tenorio y una Feminista.—Entre un Verdugo muerto y un Ministro conservador.—Entre Cervantes y un Periodista.—Entre Fidias y Rodin.—Entre Lucrecia Borgia y una Educanda de las Ursulinas.—Entre Leopardi y un Curioso.—PARTE SEGUNDA.—Teatro Irrepresentable: Idilio roto.—La Nochebuena del poeta.—El peso del recuerdo.—Renovación.

Precio del tomo: UNA Peseta.

Los pedidos á F. Sempere y C.ª, Editores, Valencia.

ALFONSO FOTÓGRAFO
TELÉFONO 2869
FUENCARRAL 6. MADRID

Centro periodístico de **JOSÉ LERÍN**
Abada, 22.—Kiosco frente á Apolo
Envíos de periódicos y libros á provincias

Centro Gráfico-Artístico ✣ Imprenta Ronda Conde-Duque, 3, Madrid ✣ Obras de lujo ✣ Revistas ilustradas ✣ Encuadernaciones

Fotograbado de
A. VAZQUEZ
Perfección --- Rapidez --- Economía
COLEGIATA, 7.—MADRID

La Hoja de Parra

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

Número suelto, CINCO céntimos

SUSCRIPCIÓN EN PROVINCIAS, 1,50 PESETAS TRIMESTRE

APARTADO DE CORREOS, 547.—MADRID

AÑO I. **Madrid, 20 de Mayo de 1911** **NUM. 3.**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
JOAQUÍN DICENTA
El sexto mandamiento.
JOSÉ JUAN CADENAS
La pulga de Elisabeth.
ANTONIO ZOZAYA
Agencia de sirvientes.
RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO
Ecce Homo.
EL CONFESONARIO
Artículos de
AMALIA MOLINA y
RAFAEL GONZÁLEZ (MACHAQUITO)
DON SINCERO
Un comentario
LUIS DE TAPIA
Lo sentiré.
ENRIQUE CALONGE
¿Por qué lado?
ENRIQUE TROMPETA
¡A real el homenaje!
FRANCISCO VILLAESPESA
Estrellas fugaces.
TOVAR, CYRANO, R. MARIN, DOLHY y ALFONSO
Retratos y caricaturas de Juanita Stela, Amalia Molina, Julita Méndez, Carlos Miranda, López-Montenegro, Casimiro Orras, Luis de Tapia y otros dibujos.

5 cénts.



JUANITA STELA
Notable tiple cómica del Gran Teatro.



Vengo ahora de la Pradera del Santo y más me valiera no haber ido, porque «ni Dios» se figura lo mucho que allí *este cura* se ha aburrido.



Carlos Miranda.

No es que resulte molesta ni fastidiosa la fiesta' no, señor. Es que, como está probado,

«cualquiera tiempo
pasado
fué mejor...»

¿Dónde está la placentera faz de la tía Javiera? ¿Dónde están las rosquillas que esa tía (de sus sobrinos) vendía como pan?

¿Y el coche á la calesera, «dó» lucía en la Pradera su mantón — de flores *chinas* cuajado —la chula, junto á su amado chulapón?

¿Dónde la mujer querida por mí? ¿Dónde la perdida juventud? ¿Dónde el almuerzo, en la alfombra del campo, sin una sombra de inquietud?

¿Dónde están las alegrías de los jubilosos días de esa edad, en que de tan buena gana reía mi ya lejana mocedad?

¿Dónde están las voces roncas, con qué rugía en las *broncas* el matón? ¿Dónde el grito destemplado que lanzaba un desalmado bravucón?...

Desde los tiempos de Maura, ya el sol no calienta el aura con su faz; desde que se fué La Cierva, sobre la verdeante yerba todo es paz...

Y no es que — en el desolado yermo — el «astro rey» no pique, ni queme ni mortifique; no, señor. Es que, según el citado poeta Jorge Manrique,

«cualquiera tiempo pasado
fué mejor!...»

Carlos Miranda

EN BREVE, ORIGINALISIMOS CONCURSOS

EL SEXTO MANDAMIENTO

(Cuento celestial)

Llamo celestial á este cuento porque su asunto se desarrolla en el cielo de los católicos, en ese cielo donde, según las descripciones ortodoxas, los ángeles cantan escondidos entre nubes de ópalo y cantan los santos y las vírgenes y los apóstoles (cada grupo desde su nube correspondiene) un himno de alabanzas inacabables al Creador.

En uno de los aposentos más apartados del divino alcázar, celebrábase un juicio de pecadores, juicio presidido por Jesús de Nazareht, el cual tenía San Juan á la izquierda y á la Vírgen á la derecha.

Cristo interrogaba á los pecadores; la Virgen intercedía por ellos, siguiendo los impulsos de su inmensa bondad; y San Juan apuntaba en una pizarra de esmeralda el fallo de su Maestro y el destino que este fallo concedía á los reos.

Los últimos se agrupaban á la izquierda del presidente. Eran autores de pecados leves y en clase de tales, libertados por sentencia de la primera instancia celestial del fuego eterno. Tratábase sólo de averiguar en este juicio cuantos años de purgatorio necesitaba extinguir cada uno para entrar en el cielo y poseer el favor celeste y gozar el derecho á vivir cantando desde por la mañana hasta la noche. Era, pues, el de autos, un juicio de faltas.

No obstante ello, los pecadores andaban temerosos en el examen y en la confesión de sus culpas, que aun siendo tan hermoso el porvenir de una bienaventuranza perpétua, no resulta preparación muy grata para realizarlo la de pasarse unos añitos en el purgatorio socarrándose el alma.

De ahí que los enjuiciados anduviesen acobardadillos y que, á la más insignificante pregunta de Jesús, bajasen los hombres la cabeza, ocultasen las mujeres el rostro entre las manos y temblasen todos con nervioso temblor. Sólo uno de entre ellos permanecía sereno, inmóvil, como seguro de su pureza é inaccesible por consiguiente á las estufas purificadoras del purgatorio.

Era un capuchino. Su cuerpo enjuto, flaco á tal punto, que sobre la tela del hábito se marcaban los huesos; su demacrado rostro, encuadrado por una larga y no muy limpia barba gris; sus ojos hundidos, sus profundas arrugas, sus ojeras violáceas, su aspecto entero, en fin, revelaban una existencia dedicada á la abstención y al ayuno; el martirio de la carne en obsequio del alma, á la castración absoluta de las humanas pasiones y de los terrenos apetitos. El capuchino era seguramente un asceta que pensó en vida mortal en la soledad, y en el rezo impenetrable á las tentaciones del mundo sólo asequible para la virtud y para el bien.

Cristo examinaba á los pecadores por los mandamientos de la ley de Dios; y vale decir en obsequio de aquellos que durante el primero, el segundo, el tercero y el cuarto mandamiento, apenas si hallaron motivo, la Virgen para interceder misericordiosamente, y San Juan para escribir en la pizarra de esmeralda.

NUESTRAS COCOTAS



JULITA MÉNDEZ

En el quinto hubo tropezones de mayor cuantía. Cual más, cual menos, sino el cuerpo, había herido, con murmuraciones y ofensas, el alma de su prójimo; fué preciso que la Vírgen interviniera con dulzura para que San Juan no apuntase en la pizarra cifras muy crecidas y datos poco beneficiosos á los deciarantes. Sólo el capuchino permanecia inalterable, sólo para él quedó, en este mandamiento, como en los anteriores, ociosa la pluma del secretario apóstol.

Terminó Jesús el examen del quinto mandamiento é iba á continuar por el siguiente, cuando entró en la audiencia un ángel muy rubio y muy grave, que dijo, inclinándose ante la encarnación humana del Eterno:

—Señor, tu padre necesita de tí al instante.

Y acercando su boca al oído de Jesús, murmuró en voz baja algunas palabras.

Grave tenía que ser el asunto cuando Jesús, levantándose precipitadamente, exclamó dirigiéndose á San Juan:

—Deja ahí encima la pizarra y vente conmigo. Tú, madre, espérame. Y vosotros—á los pecadores—aguardadme también. En seguida vuelvo.

María siguió con ojos amantes, aún enrojecidos por el llanto que en la tierra vertieron, el paso de Jesús; los pecadores, que á la terminación del quinto mandamiento se habían echado á temblar recelosos de lo que en el examen del siguiente al quinto iba á ocurrirles, vieron el cielo abierto con la imprevista ausencia de Jesús y se arrojaron á los pies de la Virgen, gritando entre sollozos de pena y suspiros de angustia:

—¡Señora!... ¡Madre y señora nuestra!... ¡Sed compasiva!... ¡El mandamiento que sigue al quinto va á ser causa de que pasemos centenares de años en el purgatorio!

Y se arrastraban por el suelo, y arreciaban sus súplicas y crecía su llanto y subían de punto sus imploraciones.

La Virgen, emocionada, les oía y daba vueltas á su imaginación buscando un medio para salvar el conflicto de aquellos infelices.

—Vamos, no afligirse, hijos míos—dijo la Virgen, guiada por su infinita misericordia.—Haré lo que pueda en vuestro favor.

Y cogiendo la pizarra, trazó sobre ella algunas líneas, con letra tan semejante á la del apóstol secretario, que era imposible diferenciar la una de la otra.

—Doy aquí por examinado el mandamiento que sigue al quinto—continuó diciendo la Virgen,—y anoto los datos menos desfavorables en el resumen. Si mi hijo no recuerda dónde había quedado antes de marcharse, os salváis.

—¡Gracias, gracias, señora!—Respondieron todos los pecadores, menos el capuchino, que hizo un gesto de mal humor.

Volvió Jesús seguido de San Juan, y muy preocupados debían tener á uno y á otro los asuntos que con Dios resolvieron, cuando Jesús, dirigiéndose á su madre, dijo con voz distraída:

—Madre, ¿en qué mandamiento habíamos quedado?

—En el séptimo—respondió la Virgen entregando la esmeralda á San Juan.

—Empieza el examen del séptimo—profirió Jesús con voz solemne.

Y mientras los pecadores, llenos de gozo, dirigían á la Virgen miradas de gratitud profunda, el capuchino, mesándose las grises barbas con desesperación, murmuraba dolorosamente:

—¡Cristo, si yo lo sé!...

Juaquín Dicenta

DE LA FARANDULA



CASIMIRO ORTAS

Director artístico del Gran Teatro y uno de los hombres que contemplaron mas pantorrillas en su ya larga vida...

LA PULGA DE ELISABETH

En un pliego de papel comercial lleno de rasgos que demuestran el temperamento nervioso de la mano que los trazara. Elisabeth me escribe desde una Universidad alemana diciéndome que, cansada de esperar, me devuelve mi libertad...¡Corazón generoso el de Elisabeth!... Un millón de gracias, pero hacía muchotiempo ya que había comenzado yo á hacer uso de esa libertad que mi adorable amiga me concede ahora...

¿Quién es Elsabeth? Inútil será que os la describa. Aquí en España, sería un tipo exótico. Elisabeth estudia medicina, y los domingos de invierno hace filigranas con el patín en las extensas superficies heladas del Sprée. Los domingos de primavera se columpia perezosa en los trapecios de la terraza de Wansée.

La conocí por un anuncio fijado en las paredes de la Universidad de Berlín.—«Joven alemana, desea cambiar la lengua con estudiante español». —Y dispuesto á *cambiar la lengua* fuí en busca de la joven alemana á una de las innumerables *Moblirte Zimmer* del barrio de la Reina Luisa.

Y Elisabeth fué mi iniciadora en un montón de secretos de la vida berlinesa. Ella me dió á conocer los misterios del *flirt* y los *restaurants* económicos; gracias á ella pude buscar en las profundidades de la pudibundez germana, esa bizarra pudibudez que consiente á las mujeres recibir besos apasionados en la boca, y las obliga á rechazarnos indignadas si las aprisionamos un brazo...

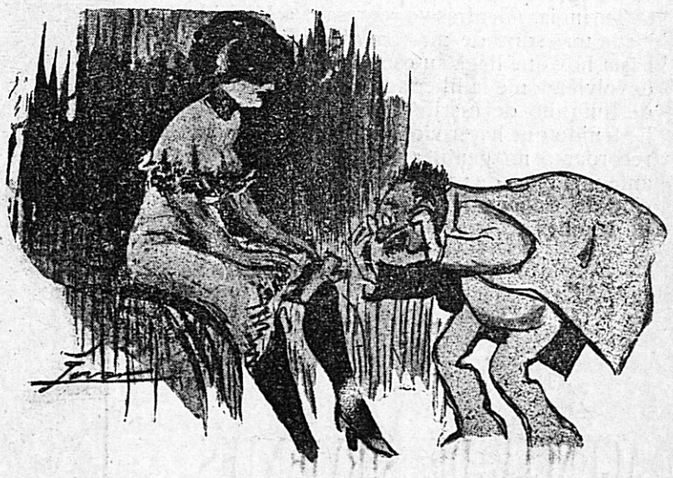
Cambiando la lengua. Elisabeth y yo hicimos rápidos progresos en los idiomas respectivos, y un domingo, á la vuelta de una sesión de patinaje en Charlottembourgo, nos ofrecimos mutuamente un espléndido festín á cinco reales por barba.

A los postres, Elisabeth comenzó á mostrarse desasosegada é inquieta. Salimos del restaurant.—No puedo vivir—exclamó de pronto;—llevo una pulga que me está devorando.

Siento que voy á ponerme mala...

Su casa estaba lejos—media hora de distancia en el ferrocarril,—pero á cada paso surgía ante nuestros ojos la puerta de un hotel. Tímidamente me decidí á brindarla una habitación en el primer hotel que encontrásemos... y aceptó...

UNA COSA ES PREDICAR...



—¡Ja... ja... ja..! ¿Pero no eres tú de esos de la Liga antiporuográfica?
—Pues por eso me interesan las ligas.

No; yo no olvidaré jamás aquella reducida habitación que nos dieron en el *Saboya-Hotel*, ni las miradas maliciosas del criado al ver á Elisabeth que rápidamente comenzó á despojarse del vestido. ¡Cómo bendije yo á aquella pulga revolucionaria que me iba o proporcionar el placer de ver tanto escondiá do y mal adivinado encanto! Yo te lo juro-Elisabeth... Se me escapó el insecto, pero s, llega á caer la pulga en mis manos... no hubiera tenido valor para matarla.

Una por una fueron cayendo al suelo las ropas todas que Elisabeth vestía, y para acallar sus escrúpulos pudibundos, decíame á cada instante:—Después de todo no hacemos nada malo... ¿Qué pecado cometemos?... Somos dos personas que buscan una pulga...

Y desciñéndose el corsé, miraba cuidadosa en los dobleces de la finísima camisa.

Yo quise ayudarla en aquella importantísima captura, y con la yema del índice humedecida, preparábame á caer sobre el inocente insecto, y avanzaba la mano á tientas cuidando de no posarla sobre su carne, para no ofender el pudor de mi adorable amiga...

La pulga se escapó, al fin, pero mis dedos torpes tropezaron en un lunar diminuto, y allí me empeñé en buscar el desaparecido insecto.

♣

Desde aquel día, fueron rápidos y evidentes los progresos que ambos hicimos en el cambio de lenguas respectivo. Llegaron las vacaciones, y Elisabeth fuese á su casa de la Turingia, mientras yo regresaba á Madrid. Nada más supe de mi *Crotchten* berlinesa, hasta hoy que llega su carta breve y lacónidevolviéndome la libertad. Parece un recibo de finiquito de escritura social... Al leerla, he tenido que hacer violentos esfuerzos para recordar á mi gentil amiga, y han surgido ante mis ojos, de pronto, la reducida habitación del *Saboya-Hotel*, y la frustada cacería de la pulga...

José Juan Cadenas

♣

AGENCIA DE SIRVIENTES.

—La casa de Don Juan de Pimentel
para toda sirviente es infernal:
falta á cada momento pan y sal;
es ella intolerante y él infiel.

El trato se padece más cruel;
al enfermo se manda al hospital;
se cobra, si hay dinero, tarde y mal
y se echa trabajando mucha hiel.

Se come un mal cocido y salpicón;
la compra es miserable y baladí
y es en la cuenta el amo regañón.

Y, para más desdichas, ¡pesia mi!,
hay un sobrino guapo y retozón.
—No me diga usted más. Me quedo allí.

Antonio Zozaya

ECCE HOMO

A propósito de haberse estrenado *El primer espada*, en el teatro de la Gran Vía, me favorece La Hoja de Parra pidiéndome un retrato para servirlo á sus lectores.

La petición es halagadora, y yo busco entre mi colección fotográfica el ejemplar más gallardo y de retoque más adulador, á ver si logra proporcionarme algún sufragio femenino.

...Pero, entendámonos. ¿No se trata de un retrato para La Hoja de Parra? Pues allá va este, ¡qué demonio!



Me parece que no tengo otro más adecuado.

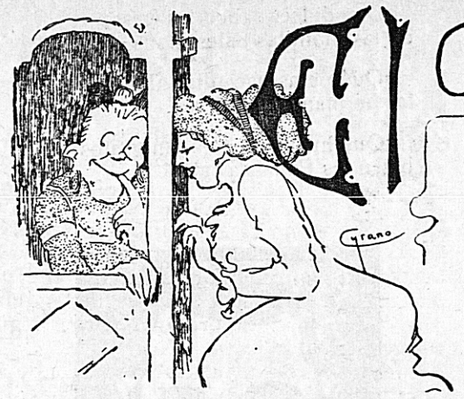
¡Vedme, lectoras! ¡Admirad este robusto infante de tres meses de edad! ¡Pasen! ¡Pasen!...

Y si alguna de vosotras enloquece ante la morbidez de estas carnes que se ha de comer la tierra, que no vacile en enviarme un billete amoroso. La que sufra es porque quiere.

Conque ya está complacido el saladísimo periódico y yo tranquilo por haber quedado á la altura de las circunstancias.

Pues si envío ese retrato para La Hoja de Parra es porque necesito *la hoja de parra* para ese retrato.

R. López-Montenegro



El confesonario

AMALIA MOLINA

Soy andaluza, castizamente sevillana porque en Sevilla nací en un momento de provechosa expansión de mis padres, y en el espejo de las aguas del Guadalquivir reflejé mi cara por vez primera y advertí que si no era de belleza para la exportación, era graciosilla y un angel. Adoro á Madrid, porque en Madrid me hice y me cuajé como artista en lo mío, muy español y muy garboso.

Me entusiasman las flores, las músicas de las briosas y marciales charangas, ver pasar la bandera y me gustan los dulces, que me piropeen los hombres al pasar, pero con equidad y aseo, que hay que distinguir

Pero en fin, á lo nuestro. No soy feminista en el sentido invasor de la palabra, que si desdeñamos las labores propias de nuestro sexo, no creo que los hombres hayan venido al mundo para hacer encaje de bolillos y en cuanto á mi opinión sobre sus correligionarios en mas culinidad creo que los hombres son muy vanidosos y bastante egoistas. Pretenden la exclusiva de la mujer que aman, sin que á cambio de ese privilegio hagan la menor concesión en sus costumbres ni en la *desgravación* de su conducta. Al contrario, mientras los angelitos se divierten y gozan la vida sin el más pequeño remordimiento, exigen los tiranos que nos estemos quietecitas en casa, sin ver ni hablar á nadie y algunos hasta se incomodan si nos metemos en la cama sin esperarles.

—¿Has salido? es lo primero que nos preguntan.

—No, contestamos y añadimos con una naturalidad encantadora: ¿Donde querías que fuese?

El entonces se considera satisfecho y siente halagada su vanidad y su amor propio, que más que en nuestra virtud, tiene fé y confianza en si mismo, pues no concibe que haya en el mundo otro hombre más gracioso, ni más simpático ni mejor parecido que su propia persona. De los hombres casados no hablemos. Su táctica amorosa es graciosamente inocente.



AMALIA MOLINA

(Que actúa con éxito extraordinario en el Príncipe Alfonso).

La mayoría ocultan como un crimen su estado, pero cuando vergonzosamente lo confiesan porque no hay otro remedio, todos dicen lo mismo, que no hacen vida matrimonial con

su mujer, porque la pobre está enferma hace tiempo y con ese recursillo intentan justificar, sus solicitudes amorosas.

El hombre, inocente siempre, ha discurrido para sus correrías dos engaños en los que ninguna mujer cree: el casino y el Consejo de administración.

La mujer en cambio, de más feliz inventiva, creó dos amplias devociones: la de la modista y la de la novena, ambas de más difícil comprobación.

Muchas consideraciones se me ocurren acerca del hombre, pero vamos, no son de este lugar y me las guardo en lo más hondito, pero egoistas y falsos, engañadores y tiranos hay que quererlos, para que ellos nos quieran á nosotras, porque de otras cosas y arreglitos ultramodernistas ¡miau!

Amalia Molina

LO SENZIRÉ... (1)

Aunque eternamente he sido
un radical convencido,

si se cierran los conventos
lanzaré amargos lamentos.

Y empaparé mis esponjas
en lágrimas, por las monjas...

¿Que porqué, lector piadoso?..
Pues... pues porque soy muy goloso.

Y son las «madres» y «hermanas»
cocineras soberanas.

¡Qué bollo tan excelente
hacen las de San Vicente.

¡Qué yemas tienen tan ricas
las hermanas Dominicas!

¡Qué bien hacen las Oblatas!
la tortilla con patatas!

¡Como ponen el conejo
las madres de San Alejo!

¡Qué dulces saben las fresas
de las monjitas Salesas!

¡Qué peras hacen tan finas
las hermanas Ursulinas!

¡Qué huevos moles tan gratos
baten las Paulas á ratos!



LUIS DE TAPIA

¡Qué bien sabe la arropía
de las Siervas de María!

¡Cómo endulzan el melón
las del Sacro Corazón!

¡Qué mermelada tan sana
hace, en Loreto, sor Juana!

¡Qué guindas, dulces y lisas
tienen las monjas Clarisas!

Y ¡qué castañas «glacés»
tienen las de Leganés!

Por eso lector amado
odio la «Ley del Candado,»

que cierra traidora y dura
el paso á la confitura.

Y sentiré muy de veras
se acaben yemas y peras,

que son en estos momentos
manjar de nuestros conventos.

Luis de Tapia.

(1) Del libro «Bombones y Caramelos» con prólogo de D. Benito Pérez Galdós que ha puesto á la venta esta semana el popular poeta festivo Luis de Tapia.

MACHAQUITO

Gómez-Hidalgo es un diablillo empecatado que me compromete mucho más que todas esas buenas señoras de las que quiere que cuente algo ¡Caballeros, que soy casado! ...

¿Que no importa? Pues vayan relatos, y allá tú cargues con la responsabilidad. Yo en esto de escribir me declaro menor de edad...

Ahora, señores, que he de advertir á ustedes que no he hecho un examen de conciencia á conciencia, y no sé como resultará esto porque tengo muy mala memoria. Se me olvidan los nombres las fechas, las cifras... ¡Aprovéchense ustedes señoras que quieran tener algo comigo!

Desde la princesa altiva
á la que pesca en Fruin barca

me han favorecido con su afecto señoras para todos los gustos. En Méjico—vamos á hablar primero de allá fuera — recuerdo que me ocurrieron varias cosas.

Fué una cuando me «agarró» un toro. Acababa de ser trasladado al hotel en que me hospedaba con «la mar» de cuidados, con la «mar» de encargos por parte del médico de que no se me hablara, cuando apareció en mis alcoba una cupletista muy bonita, que hacía furor en aquel país. Verme, arrojarse á mi llorando, y empezar á besarme y abrazarme fué obra de un instante. «¡Pobrecito mío, pobrecito,» me decía! ¡Yo que tengo puestas en tí todas mis ilusiones!» ¡Santo Dios, que brutalidad, y cómo estaba aquella mujer! A Luis, mi mozo de estoques, al médico y á los amigos que me cuidaban les costó más trabajo que todas las cosas sacarla del cuarto. Después mientras estuve enfermo me fué á ver diariamente, y cuando me encontré bien me obligó á que correspondiera á sus desvelos. Como la cosa era natural, yo lo hice.



Rafael González.

Otra, en Méjico también, se puso tan imposible que si me descuido me mata. ¡Qué barbaridad! Era una señora á quien conocí en una comida, en casa de unos amigos. Poco después la ví en un teatro y se me ofendió «porque no la había saludado bastante.» Pero se me ofendió de tal manera, que con una browing me anduvo buscando para despacharme. Menos mal que no dió conmigo...

En España ¡la mar! Y eso que muchas veces aquí, como en Méjico, me pude librar por el procedimiento del esquinazo. Alguna tiple muy aplaudida, sabe, y hágase cargo y olvídelo y perdóneme, que es esto verdad.

Tuve aquí una señorita que era una mujer despampanante de veinte años, con cada ojo «así...» y cada cadera «así...» y cada pecho «así...» y un capital de diez y siete ó diez y ocho millones de francos, que me trajo loco... para evitarla. Me solicitaba, me asediaba en todas

partes y á todas horas. Me siguió, que yo recuerde, á San Sebastián, á Salamanca, á Valladolid, á Santander, á Córdoba, á Barcelona, á Palencia, á Bayona... Se hospedaba siempre en el mismo hotel que yo, y apenas veía un cuarto de luz ¡zas!, á mi cuarto. Y yo nada, no la hacía caso. Yo no sé por qué no la «quise» no me lo explico, pero así fué. Les había dicho á mis amigos que apenas la vieran conmigo se acercasen y gracias á eso me salí con mi capricho, de no tener con ella el menor contacto. Moncada y Manolo Vico pueden dar detalles de esta aventurita. ¡Vaya un trabajo de «peones» el suyo, para quitármela de... al lado!

Otra vez iba yo á Jaén, sólo porque la cuadrilla y mi apoderado habían salido el día antes. Bajó á la estación del Norte á despedirme una muchacha de diez y ocho años muy distinguida, á la cual había saludado yo dos ó tres veces. Iba á arrancar el tren, cuando se me ocurrió en decirla: «Anda, vente conmigo.» La muchacha se paró un poco. Luego me dijo: «No, no, se enterarían mis papás.» Yo insistí, la cogí de una mano y la hice subir al coche. Nada, que nos fuimos, y que la chiquilla volvió muy satisfecha del viaje...

Otra,—esto me lo recuerda Moncada ahora mismo,— otra de mis «amigas» tuvo una vez una frase digna de esculpirse. Era una «chalada» que me buscaba á todas horas. Llegó aquí al hotel de Rusia, donde yo acostumbro á hospedarme en Madrid, y Moncada por quitármela de encima la dijo: «No puede usted pasar, Rafael está en calzoncillos.» Ella muy decidida respondió: «¿Y eso qué tiene que ver? Todo es ropa», y se «coló» á verme.

Otra cosa que no deja de ser curiosa me ocurrió con una cupletista bastante conocida y bastante guapa. Iba yo á torear en Madrid y vino á verme poco antes de la corrida. «Quiero verte luego» «Y yo á tí» etc. Cambiamos pocas palabras y acordamos vernos por la noche y pasar un rato juntos. Llega la tarde, y ¡miren ustedes que casualidad! á un toro se le ocurre alcanzarme y hacerme un rasguño... en sitio que me imposibilitaba ver y atender debidamente á la cupletista. Allá fuí, sin embargo, y si aquel día no pude acompañarla todo lo que ella quería, al día siguiente me decidí y la acompañé, con rasguño y todo...

Pero noto que esto va á llenar «La Hoja de Parra» y que tengo que suspender mis historias. Las continuaré otro día. Haré examen de conciencia detenido cuando tenga un rato y seguiré en otra ocasión. Que sirva esto de prólogo. (¿No se dice así, amigo Hidalgo?)

¡Ah! Se me olvidaba decir que en mis distintas aventurillas, tuve casi siempre la protección de las mamás, alguna de las cuales llegó á rogarme seriamente que «atendiera» á su hija. ¡Pobres señoras! Saben bien hacerse cargo.

Rafael González "Machaquito

UN COMENTARIO DE "DON SINCERO"

¡Este Machaquito es encantador! Así como quien no dice nada nos cuenta sus aventurillas sin darlas la menor importancia.

Pues les advierto á ustedes que todavía se queda corto, por pura modestia. Machaquito en amor como en el toreo, la mete toda, el sable, la mano y hasta el codo.

¡Pobrecitas ellas!

A la chita callando, es Rafael, el de Córdoba, un «terrible» que marea y conmociona. El niño de las de González, corto de palabras, es cuando se pone á «hacer» un ciclón. Para él, lo de menos es la farfolla de la palabrería, la camelancia y el cobeo. Se va á lo positivo, se va al bulto, le gusta no perder el tiempo y sale decidido siempre á acostarse... en el morrillo.

¿Platonismo? ¡Pá el gato y puede que haga fú! Dos «miras» de los que embriagan, poniendo la caruca seria y los ojos incandescentes, y á llegar á la cara y á no dejar respirar á la víctima, sea mujer ó astado.

Si Rafael no hubiera sido torero, hubiera quitado el puesto al mismísimo D. Juan, porque en eso de embelesar en el amor, es una afición la del niño, que vaya un prurito.

Y su cartel crece y crece. Estamos en tiempos de positivismo aplastante. Los «cortos» se han acabado, hoy se llega á todo y que sobre; sobre todo en las honduras insondables del amor. Y como Machaquito no se queda en la mitad, como consuma la suerte y toca con la mano el pelo, y la meta toda sin el menor tropiezo, pues he ahí que Machaquito es un triunfador.

¡Amores, amores! Los dedos de Rafael gotean sangre de corazones estrujados y el es hace el infeliz. ¡Un infeliz que dá siempre en la yema! Vamos, hombre, un poquito de piedad y consideración, que no todos se traen el suficiente poder, para aguantar la «punsá» en mitad del corazón.

Don Sincero

¿POR QUÉ LADO?

¡Qué mujer más hermosa! ¡Qué preciosidad de criatura! Cuanta ingemidad ¡Cuánta virtud y cuanta carnecita sonrosada y fresca había en aquel cuerpecito menudo y gromiaso!

Que buen gusto tenía Dios y sobre todo ¡qué suerte!. Porqué Carmencita á pesar de sus ojazos negros, aterciopelados y de su carne deseada, de sus hechuras mundanas era una prometida del señor, una virgen perpetua en el sacrosanto *harén* de Cristo. ¡Qué pena! decía la gente moza que ardía en deseos en viéndola que la veían dirigirse con paso menudo y con actitud contrita al cercano convento de las Carmelitas.—¿Para qué necesitará Cristo mujeres tan hermosas? musitó un mocetón crispando los puños.—Mejor estaría conmigo. ¿No lo véis? ese cuerpo está pidiendo un hombre, no un Dios.—Calla blasfemo, gasnapeó un vejete que por dentro refocilabose en viendo á una buena moza gentil y ataviada con una falda *entrevée*.

¿Qué diría Carmencita de aquella mujer mundana que caminaba ante ella luciendo su cuerpo de diosa, un cuerpo macizo que amenazaba estallar bajo las angosturas del diabólico vestido? ¡Oh! Sus ojos inquietos miraron, pero pronto tornaron al suelo.

Era el demonio, el propio Luzbel quien la acompañaba aquel día á la misa de alba.

Y Carmencita mecánicamente, medrosamente comenzó á rezar, hasta que llegó al lugar deseado, al lugar de la cita donde Cristo, su prometido la esperaba amoroso con los brazos en cruz, la cabeza inclinada la boca muriente, y el corazón abierto.

¡Jesús mio, esposo mio! suspiraba. Y suspiraba Carmencita envolviéndo en una mirada ardiente, en una mirada de fuego la gesta figura de Cristo crucificado.



¡Nadie!...

Carmencita cayó enferma. ¿Qué era ello?. Una calentura tenue, pero constante, una fiebre pestinar que hizo pensar á aquella santa familia en la necesidad de llamar á un médico. Carmencita se oponía ¡Dios mio, el médico; un hombre!. En vísperas de encerrarse para siempre con su divino amado ser vista, oída y acaso tentada por la mano de un hombre..... ¡No! De ninguna manera. Aquélla alcoba santuario no podía, no debía ser profanada por hombre alguno. Allí no entraban, ni los hermanos de la enferma. Aquello pasaría, sería un mal pasajero.



TRANSACIÓN

Pero aquello no pasaba. Y la fiebre pertinaz la tenne calentura tenían á Carmencita en un sopor de embriaguez encantadora. Luego, sus ojos eran mucho más grandes, su mirada más tranquila; pero los suspiros eran mucho más frecuentes y sus manos, aquellas manecitas de muñeca, chiquitinas, regordetas ligeramente pulidas por la fiebre se entrelosaban encima del pecho, un poquito más abajo, formando muchas cruces.

Había que resignarse. Primero fué el padre quién se decidió á entrar en la alcoba y hablar á la enferma de la visita de un médico. Carmencita, resignadamente cerró los ojos. Detrás del padre vino el sacerdote. Entre todos se convino la mejor y más casta manera de preparar el reconocimiento falcutativo.

Sería este muy breve, y si habría necesidad de auscultar á la enferma y llevar acaso el reconocimiento á las partes más recónditas de aquel cuerpo virgen ello sería bienquisto por Dios, dispensado por su infinita bondad que en todo ha de ver la intención y las cir-

cunstancias. Allí estaría el sacerdote y allí estarían los padres.

Bien se ve qne el médico es otro sacerdote y su misión es sagrada también. Así y todo el confesor y el padre de la enferma acordaron que el facultativo sería un viejo señor que llevaba fama de hombre entendido, aunque de no muy directas formas y pulidas palabras. Un médico rural, traido exprofeso



En la carrera.

de un pueblo inmediato. Los de la localidad eran todos jovenes y no mal parecidos.

Llegó el momento temible para la bella enferma. El médico rural presentóse en la alcoba seguido de toda la impedimenta; el confesor, los padres de Carmencita y una tía suya.

No se anduvo con contemplaciones. Levantó á la enferma en vilo y metió su pelada cabeza entre la almohada y el dorso de Carmencita, y allí se estuvo un rato refunfuñando; repitió la operación por el torso, después metió su mano arrugada y dura por entre las sábanas, y en este punto todas las miradas estaban fijas en el bulto que formaba la mano del mistico doctor entre la alburá de las ropas, y en este punto todos empe raron á temblar de emoción, una emoción de pureza y castidad. Todos menos Carmencita, que resignada ó tranquila dejaba hacer. La mano del doctor, á juzgar por el movimiento de la ropa, no se estaba quieta en un solo punto. Arriba, abajo, en el medio. Bien hicieron los sesudos y reflexivos varones en encomendar tamaña tarea á un hombre cuya avanzada edad le ponía á cubierto de toda intención pecaminosa. «No debió de quedar en efecto parte alguna de aquel cuerpecito menudo y gracioso, por recondito que fuese, que no palpara la dura mano del doctor.

Poco á poco el rostro de Carmencita se iluminaba y sus ojos adquirieron de nuevo aquel fuego ardiente, aquella sonnolencia que una vocación inconsciente intentaba apagar en vano.

—Esto no es nada, dijo por fin el médico rural. Esto está arreglado con una lavativa Así como suena.

La familia, ante aquella rudeza del doctor y aquella manera tan clara de nombrar las cosas, por muy precisas que fueran, cambió con el sacerdote una mirada de asombro.

Carmencita se incorporó sobre la almohada y con voz apenas perceptible, musitó al oído del lector como si suspirara:

Por un lado puede que me viniera bien; pero por otro...

Enrique Calonge.

¡Á REAL EL HOMENAJE!

Nos encontramos en el mejor y el más homenajeado» de los mundos.

Ni en el país de los *pingüinos* maravillosamente concebido por la elaboración mental de Anatole France, pueden darse más robustos y risueños ejemplares, de esta fauna madrileña que nos ha tocado en suerte.

El tipo de nuestra clásica estirpe gloriosa y florida, es verdaderamente sicprolífico· Crecen y multiplican nuestras representaciones nacionales, como la flor del naranjo en los climas cálidos. Se nos va todo por las ramas, siquier el tronco se quede escuálido para las nuevas cosechas.

Es la Musa de nuestro teatro de costumbres públicas y privadas, implantado por razón de categoría en la capital de las Españas, de lo más divertido y ameno que han podido idear las generaciones literarias desde

Esquilo hasta nuestro buen D. Ricardo de la Vega, que en achaques y cosas madrileñas solía sintetizar su gratitud y sus cualidades admirativas en esta frase:

—¡Qué grande es el Señor!

Sí. ¡Qué grande es el Señor, y qué grandes son todos los señores que lo mismo ensalzan á Garibaldi en chanzas bucólicas que nos endilgan un homenaje á 2,50 por barba, como en los *restaurants* económicos!

Fáciles y accesibles para el elogio, complacientes con la vulgaridad y compasivos con la desgracia, desbordamos toda la efusión de nuestras entretelas ante la *toliluda* teatral de la noche, la vacuidad parlamentaria de la tarde, el triunfo oropelesco de ayer, la preponderancia de hoy y el posible encumbramiento de mañana.

Y como somos los madrileños de la espuma social de la villa y corte, bondadosos por naturaleza y zahoríes de condición hereditaria, que nos han legado los siglos de bullangas, tiroteos y ensalzamientos callejeros, hacemos el *oso* muy lindamente. Nos adelantamos á la Señora Posteridad en agasajos y melindres. Banquetes, veladas, mensajes, artículos, versos, fotograbados... y *homenaje* á todo pasto. Las grandes novedades de los turiferarios.

¡El homenaje! He ahí la síntesis, el compendio, la conjunción—palabra muy propia de todos los Toribios de actualidad—en que se condensan las energías ponderativas de nuestro temperamento. El ilustre barón de la Recua, el insigne joven Pendoncete, el acaudalado plutócrata señor Vivillo, el tentacular hombre público señor Besuguera, son los diosecillos de ese cielo de *cine*, que ofrece á nuestras miradas eterna contemplación.

El lírico Píndaro, el trágico Sófocles, el épico Homero, el satírico Aristófanes, Tucídides, Xenofonte... Demóstenes y Cicerón... Calderón y Lope de Vega... Castelar y Pí y Margall..., y demás pobretes de esa índole son niños de teta al lado de los *homenajeados* de nuestros días.

¿Y Cervantes?... Ahí está el maestro Cávia, que se ha roto los nudillos de golpetazos á la indiferencia pública.

Y gracias, gracias al maestro Vicenti no se ha roto el gran Mariano la fuerte y próvida mano (diabolico consonante) que ya quisieran para saludar á la Gramática, los *pingüinos* de actualidad.

Vengan, vengan los minúsculos homenajes sin mezcla de dicacidad á toda hora y en toda ocasión.

tolerable. Un chato no poede ser rey de ningún país—el perfil de los bustos monetarios lo exige—ni tampoco amador exquisito, galante, espiritual. Zorrilla no imaginó nunca á su Don Juan, ni Espronceda á su D. Féliz, con una antiestética y diminuta bola de carne sobre el fiero mostacho. Cualquiera de estos bizarros señores hubiera desvirtuado con su nariz el mágico efecto de una octava real ó de un ovillejo. Recuérdese que por contraposición, el admirable *pero* narigudo Cyrano tuvo que esconderse para enamorar á la gentil Roxana...

c) Presentar certificación de buna conducta, expedida por el alcalde de barrio; y—con permiso del simpático Dicenta—otra del Registro correspondiente que acredite no haber sido procesado.

d) Tener las más depuradas condiciones de sociabilidad, cortesía, educación, audacia, cinismo é ingenio.

A la discreción de los solicitantes queda este requisito puesto que es sabido que para iniciar el asedio amoroso de una mujer se precisa toda laya de urbanidades aunque luego, al romper el idilio se quede, según Schopenhauer, como un

Por que demostrado está que tantos perjuicios se han causado al mundo comiendo de la camuesa prohibida, como perdiendo nervios, cortando polerosas cabelleras, fundando asociaciones religiosas, suministrando venenos, esgrimiendo planchas, cantando cuples, presidiendo *meetings* ó propagando la pérfida avariosis.

Por que todos saben que la mujer es trágica, y encantadora glorieta desde donde arrancan numerosos caminos que conducen casi siempre al presidio, al infierno, al suicidio, al convento, al hospital y al manicomio, aunque á veces se vaya también á las Academias, Ministerios, Bancos, Obispados y Tronos.

4.ª Queda fundado con esta fecha el presente Club de conquistadores. amadores, enamorados, mujeriegos ó «terribles», toda vez que aun no se sabe fijamente en qué época del año sufre el celo la raza humana. Los personajes de Felipe Trigo, y especialmente los de Alberto Insua están siempre apercibidos al inefable sacrificio de la reproducción; pero esto, naturalmente, no es un dato. Aguardemos á que alguno de tan distinguidos erotomaniacos escriba un Manual

Suenen zambombas, rabeles y pitos, en manifestación ruidosa de nuestro contento por la enorme producción de *glorias* presentes y futuras que honran y honrarán el nombre de la tierra hispana.



Regocijémonos en cuchipandas múltiples por el gran florilegio literario, artístico, mercantil, coreográfico, etc. etc., de nuestros sabios Baticolas, nuestros ilustres Pendoncetes y nuestros aprovechados socios de la Congregación del Parche.

¡Que se calle el idiota Cervantes y no nos perturbe los homenajes!

Necesitamos aumentar la producción para que se abarate la mercancía.

Se acerca la hora, señores, de que gritemos todos con flores á la Chelito ó á Mme. Pilongue:

—¡A real, á real el homenaje!

Enrique Trompeta

ESTRELLAS FUGACES

Al cerrarse tus párpados, inerte
quedaste, extenuada por mis besos,
y fué mi brazo violador tan fuerte,
que sentí de placer crujir tus huesos.

Hasta en el corazón hubo un instante
de olvido y de embriaguez... Solo se oía
desgarrando el silencio, un jadeante
respirar angustioso de agonía.

Bajo el reflejo de la luz incierta
te ví palidecer como una muerta...
Tus ojos despertaron á la vida,
y entreabriste los labios sonrientes,
mostrando entre lo rojo de su herida
el blancor enfermizo de tus dientes.

Riendo como entraste, así te fuiste,
¡oh, amada de unas horas de lascivia!
dejando á solas á mi carne triste
con el recuerdo de tu carne tibia.

Nuevas caricias matarán mi hastio...
Sobre otro seno olvidaré tu nombre,
como mañana olvidarás el mío
muriéndote en los brazos de otro hombre.

¿Qué quedará de tí, luego que el día
brille en la alcoba donde fuiste mía?
En mi carne, el deseo satisfecho,
el hueco de tu sien en la almohada,
y alguna horquilla rota y olvidada
en las revueltas sábanas del lecho.

Francisco Villaespesa

del perfecto cazador de mujeres más ó menos fáciles, paralelamente al del cazador de perdices, chochas, ánades y demás volateria lividinosa.

5.ª Todo socio se compromete á conquistar á una mujer, en un plazo que el correspondiente Reglamento determinará, manteniendo con ella relaciones amorosas durante el tiempo prudencial que oportunamente se fije. Para ello, el «terrible» podrá valerse de todos los medios que las leyes y usos del país tengan establecidas desde la intimación seria por medio de un arma, ó de unas décimas aconsonantadas, hasta el aderezo, la cena, el piso, ó simplemente, la consabida mirada arrebatadora.

6.ª Queda, en absoluto, prohibido á todo socio enamorarse sinceramente ó «colarse», que dicen los clásicos del Distrito de la Latina. El lema más esencial y primordial de este delicioso Club es «odio al matrimonio.» Será considerado como reo de alta traición todo aquel que haya hecho ó haga el elogio de la mesa-camilla, de la Lotería de cartones, de la lámpara familiar, de los hijos legítimos, de la suegra, de la poesía doméstica, de las caderas fecundas de la esposa, etc... El socio que perdiere no sólo por

causas dependientes de su voluntad, sino aun por fuerza mayor, su exeelsa condición de célibe, pagará una multa cuya cuantía determinará el Reglamento interior de la Sociedad, quedando, además, sujeto á las penas aflictivas ó expiatorias que un Tribunal de honor, al efecto constituído acuerde.

II.—DEL INGRESO DE SOCIOS

Base 7.ª Podrán formar parte de esta Asociación todos los españoles que reunan los requisitos siguientes:

a) Ser mayor de edad, pero no usar bisoñé.

b) No padecer impedimento físico alguno. Se excentúan los de cojera elegante, los picados de viruelas y los vizcos ocurrentes, siempre que por su altura, aspecto, posición social, etc. quedan incuestionablemente, ser útiles á la sociedad. No obstante, serán preferidos, los de arrogante presencia ó los de charla ingeniosas Es requisito indispensable que sepan jugar los ojos sugestivamente, tengan nitida la dentadura y la camisa, amor á la higiene y que no sean chatos. Ser chatos es, á juicio del autor de los presentes apuntes, una cosa absolutamente ine

¿Quienes son?

El caso causa risa y debe referirse. Se trata de «un señor» que asediaba á una dama casada, noche y día... Hasta que, al fin, la dama que se burlaba de él, ofreció verle, y envió á su marido á recibirle al lugar en que le había citado...

¿Hubo drama? ¿Pelea? ¿Explicaciones? Hubo, según se cuenta, un bastón agresivo por los aires y un burlador burlado, que con la espalda llena de cardenales, corrió á más no poder...

¿Quiénes son? ¿Ella es...? ¿El será...? Hasta ahora, se dice solamente que él es cuarentón y diputado... Que en política estuvo ayer con unos y hoy está con otros, y acaso mañana esté con otros... Que su «toilette» es tan cursi como su gusto y sus maneras... Que hablando es tan pesado como escribiendo... Que...

—¿ ..?

—Sí. señor; ese es.

LA VIDA DEL TEATRO

Príncipe Alfonso.—La gentilísima y hermosa cupletista Amalia Molina debutó el jueves pasado en el lindo salón del *Príncipe Alfonso*.

Al salir á escena, una entusiasta ovación, probó las simpatías que público madrileño siente por la artista más española y que más castizamente encarna la gracia y desenvoltur de la tierra de María Santisima.

Amalia Molina, la gitana de hermosos ojos y talle de palmera, vuelve de una larga y provechosa *touznée* por el extranjero más encariñada que nunca por la patria de sus amores.

Y de su garganta salen llenos de pasión ó de picardía esos cantos flamencos que electrizan al público.

¡Bien venida sea la que ha sabido demostrar en otros países que España ha sido y será siempre la nación de las mujeres bonitas!

Gran Vía.—Nuestro compañero Ramón López Montenegro, el mozo juncal, cuyo retrato publicamos en otro lugar de LA HOJA DE PARRA, ha estrenado en la *Gran Vía* una preciosa zarzuela con música del maestro Banesa.

La obra, titulada *El primer espada*, abunds en situación altamente cómica y el compositor la ha aderezado con dos números de música muy alegre y retozona.

Al final se alzó la cortina varias veces y Ramoncito López-Montenegro salió con el músico á recibir los aplausos del público y las significativas miradas de varias jamonas que enloquecieron al ver al libretista.

Trianon-Palace.—La presentación de la escultural Chelito con su personal y sugestivo repertorio constituye una nueva atracción y un aliciente extraordinario para el programa de este lindo Concert.

La hermosa y juvenil artista dispone de un público completamente suyo, que llena por completo la sala y ovaciona todas las noches á la gentil Chelito.

La notable pareja de bailes españoles Sánchez-Díaz es objeto igualmente de ruidosas ovaciones.

Ha sido tan cariñosa la acogida dispensasada por el público á LA HOJA DE PARRA, que en pocas horas hemos visto agotarse todas las ediciones de los dos primeros números.

Rogamos, pues, á aquellos de nuestros corresponsales que no nos han pedido ejemplares de dichos números perdonen el que no se los hallamos enviado

Centro Gráfico-Artístico, imp.—Rda. Conde-Duque, 3.